

Paco Páez de la Cadena

## EFECTOS DE LA SED

El explorador se detiene ante el pozo y comprueba que su ansia se enfrenta a una negrura seca. Oscila sobre un barranco cruel e innecesario, interpuesto entre su ayer y su mañana, que sólo le permite un hoy sin horas apacibles.

El explorador, que nunca analiza por qué dejó su casa, sueña siempre con el olvido del amor y de la rutina acre de los días, y sabe administrar con tino la nostalgia de los viajes que no hizo. Imagina paisajes y gentes. Adivina cataratas amplias y lentos dromedarios. Inventa ingenios voladores que lo llevan a lugares remotos y sueña disparos certeros que abaten a las fieras que los pueblan. Cruza sin apenas mojarse ríos caudalosos y supera infatigable cumbres que parecen encaramarse más allá de los cielos tupidos de nubes.

Apenas regresa a salvo, parte otra vez para encontrar el peligro

y la emoción

y el miedo.

Pero ahora que nadie lo ve, ante el pozo de la seca negrura, el gesto de la boca le delata. La len-

gua se le pega al paladar y le impide esbozar la sonrisa elegante que habría de plasmar su temple frente a la adversidad. Muere de sed. Ante sus ojos abiertos que han dejado de ver, el desierto se cierra misterioso. El explorador no ha logrado descifrar qué son esas arenas. Sin fieras abatibles, ni enemigos, ni palacios de cuento.

Fantasías. Un humo invisible. Como él, un fantasma que se desploma silencioso.

## AVISO PARA NAVEGANTES

Para dibujar la rosa de los vientos se empieza por un punto: al ritmo de los aires que van y vienen, crece y crece hasta llenar un universo entero. Así son las navegaciones de los hombres. Tímidas al inicio, temiendo dejar atrás aquello que se sabe nombrar: una bahía, un monte, una estrella precisa. Desbordadas después, prescindiendo de mapas y de brújulas, adornando la exploración sólo con sueños.

Qué esperan encontrar los que navegan es completo misterio. Sus pecios recuerdan sin remedio los desastres a que ellos mismos se abocan. Remos rotos, velámenes rasgados con un bordado absurdo de corales en el fondo del mar. Palos de mesana y timones y hélices; cajones y baúles que a cualquier robinsón daría miedo llevar a tierra y abrir para encontrar la nada. Como mucho, algo de agua que se va por las juntas, arena quizá, restos de salitre, papeles deshechos.

Joyas no. Ni oro. Esperanza ninguna. Ni tesoros ni motivos de cambio. Cambios, qué nada diferente va a esperar el naufrago extraviado. Ni instrucciones para abordar la soledad, ni catalejos con que avistar los buques que nunca nos divisan aunque cumplamos escrupulosamente el rito de hacer señales de humo desde la playa idílica.

Si alguien levantase acta de lo encontrado y lo perdido, lo expuesto y lo maldito, lo llagado, lo

inane, lo impoluto, apenas sabría qué enumerar de estas catástrofes que son, ante todo, vidas vividas y apuradas, existencias que no dan más de sí. Pero quién iba a venir a levantar un acta que nadie leerá. Para qué elaborar un catálogo de estrellas pensando en esos navegantes que, lejos de la polar, vagan sin rumbo.

Para qué una flor con mil brazos dibujada en papel señalando los vientos que solo soplan en el corazón voluble de los hombres.

Que soplen, pues, los vientos de la rosa y la hagan trizas, que avienten el papel y las agujas imantadas de las brújulas. Que soplen los ciclones y se abra el maelstrom que se lo trague todo. Cálmesese el mar después. Desde una altura que sólo podría ser divina –y que, por tanto, sabemos que no es – se harán visibles las huellas que dejamos: un velamen absurdo bordado de corales en el fondo del mar, un bauprés y un libro de derrota, baúles que no contienen nada salvo arena y un papel deshecho orlado de salitre. Ni una herramienta útil.

## EN TIERRA AJENA

El extranjero, que navega por las noches indescifrables de un país no vivido, que ignora los paisajes (ah, esos árboles de fruto intocable) y las estatuas que encuentra a su paso (porque el mármol es de color distinto y sus letras de una tipografía diferente a la que le resulta conocida) se detiene al borde de una tarde y aventa el polvo de oro con que le llena las manos el ocaso.

No tan lejana como el sol descendente,  
una patria olvidada le ha olvidado.

El extranjero mira entonces la cúpula hasta entonces solo entrevista por encima de los tejados rojos. Qué indiferencia la del barro cocido que se derrite al sol de esta tarde tardía de su vida. Hecho a la fragilidad superficial de la pizarra, tan escuálida y negra, la cúpula tejida de arenisca es casi transparente, voladora, semeja una semilla tensa y amarilla a punto de estallar en la tarde.

A los pies de ese enigma que le es inalcanzable, sentado en un poyo de piedra, contempla agravios mundanos a un mármol dudoso que algunos hombres preferirían llamar posteridad. No entiende de monumentos ni tampoco comprende bien qué se espera de él. Le parece que la ciudad entera es un rumor que debería anunciar otro futuro pero dentro de sí, el extranjero no encuentra ya más que silencios. Gestos sólo. Un ánimo lejano como

de descarga y arrebató. Una solemnidad absurda que nadie ve y que concluye en sonrisa cansada.

Cuando se pone el sol, el extranjero ignora que volverá después, mañana (y siempre) al ocaso de la cúpula y el mármol. De momento, nada sabe de eso. Recorre las calles y busca una caricia que le devuelva a casa, aun en sueños.